

CULTIVO DE LA LENGUA

La lengua produce palabras como la tierra produce hierbas, pero con las hierbas crecen las plagas, que si no se extirpan cubren y ahogan las yerbas buenas. La caña de azúcar, por ejemplo, la reina de las gramíneas, hay que cultivarlas. Si se dejan los surcos a la buena de Dios, las hierbas inútiles y las plagas absorben la savia de la tierra, se enredan en los tallos, y la caña se llama toja como dice el jíbaro en buen español: pierde peso pierde altura y pierde dulce. Cualquiera que pase por nuestros campos, puede distinguir a un ojo la diferencia entre un campo cultivado y un campo sin cultivo. La lozanía de una plantación depende de la mano del agricultor, De su amor por el campo, del orgullo de su trabajo que no tiene por qué estar divorciado de su interés. Cuando esto ocurre, no solo en la caña sino en el cultivo de cualquier producto, cuando la hojarasca y el bejuco cubre la cepa entorpeciendo su desarrollo, también dice el jíbaro con su adecuada manera de decir, que la ruina el vicio, la abundancia de hojas a costa del fruto.

La lengua como el hombre crecen en la tierra. Hay que cultivarla. Hay que enterrarla, hay que extirpar la yerba mala y la plaga que la aniquila; hay que regarla y abonarla. No se puede permitir que la aniquile el vicio.

Los vicios que atacan nuestra lengua cambian en la geografía y el tiempo. En nuestra tierra esos vicios son numerosos: los extranjerismos que aquí son casi totalmente anglicismos. Y hay que distinguir los necesarios que son inofensivos, de los innecesarios, que dejan caer sobre la lengua su peso muerto. Son los calcos los que enredan en la maraña de la confusión; es la sobre imposición de forma sintáctica ajenas a la índole de la lengua propia la que le resta fuerza y vitalidad.

Siguiendo con el símil de la caña vuelvo a la naturaleza que fue la primera maestra de idiomas. Al darle a la caña el cultivo oportuno crece saludable y la maleza se muere por su cuenta. Cuando la pieza de caña se cierra, ya no hay campo para el vicio; crecerá erguida y recia, producirá el dulce de la savia que la nutre y la guajana, que es su flor, nos dice su madurez que está lista para el corte. Sin embargo, no todos los peligros le vienen a la caña de afuera. Algunas son propensas a enfermarse porque resultan débiles en ciertos climas. Y esos males que les vienen de adentro, también son peligrosos.

Si hemos de propulsar la unidad de esta gran lengua a de pedirse a cada pueblo que cultive su parcela.

LA PUNTA DE LA LENGUA

Con frecuencia oímos decir lo tengo en la punta de la lengua. Sí, en la punta de la lengua coma y clavadas se nos retuercen las palabras. Pero no salen. Y cuando salen no son las que creíamos poseer, les falta la precisión y la exactitud. Resultan inadecuadas, insuficiente punto una palabra mal puesta es una palabra muerta. La consecuencia lógica es que todos los que, educados fuera de su lengua o al margen de ella, no han tenido la preocupación de ocuparse de ella y de cultivarla, acaban hablando un idioma anodino plagado de expresiones realengas.

LENGUA E IDENTIDAD

Puerto Rico es el jíbaro que trazó a pie descalzo caminos al contorno de los cerros, con precisión de corte topográfico, y hoy cruza por el mismo paisaje en carro americano japonés sin sorprenderse.

Puerto Rico es el pescador de bronce tostado al sol y al viento, acostumbrado al silencio y al murmullo del mar, que apenas se atrevía a cruzar el horizonte, y hoy cruza veloz con su motor

de borda sin miedo a que lo coja el holandés. Puerto Rico es el cortador de caña doblado bajo la canícula y hoy surca lo que queda de aquel oleaje de Oaxaca en máquinas de aspecto monstruoso qué hacen en un día el trabajo de 100 hombres.

Puerto Rico es el café de las viejas haciendas, que aromó los banquetes de las Cortes de Europa, y hoy, achicados a los changuitos de las viejas ciudades de la costa y de ahí otra vez al mar y a la miseria del Arrabal y al frío de las ciudades ajena.

Puerto Rico es el hombre que maneja la azada y cochea la yunta, de ahí pronto lo vemos en la fábrica manejando engranajes y centrales; el hombre de las Jaca que haga cruza veloz montado en los caballos de fuerza el hombre que grita por su gallo en el ruedo y hoy es una estrella de las Grandes Ligas y trae los campeonatos de tenis y boxeo coma y sin que ya lo congele la sorpresa.

Y en la niña que pasea por la plaza del pueblo y cruza el mar y trae sobre las sienes la corona de Miss Universo.

Es el que ensaya en el bar o en él tenducho la canción, triste siempre del amor imposible y llega al *Metropolitan* y a Hollywood, o viene con un “Oscar” bajo el brazo.

Puerto Rico es aquel pueblo amodorrado al calor de la Siesta “donde mi pobre gente se morirá de nada”, Como decía Palés Matos y hoy se muere de asaltos y o sobresaltos, o de tensión, o de pretensión, o de hipertensión.

Puerto Rico es el paisaje ondulante coma ya casi femenino que conoce todos los tonos de verde y languidez y al sol como en una novela novecentista, y se puebla como por milagro de canciones de río y de cantar de pájaros. Y hoy, aunque esté cruzado de autopistas y de ruidos es el mismo paisaje.

A través del tiempo todo cambia, pero algo permanece y eso es la lengua. Nuestra máxima señal de identidad.

La historia es cambio, pero en relación con algo que permanece constante. Aquí permanecen los recuerdos de una historia grande, las virtudes de una cultura recia la solidaridad de unos entre otros; que no es para nosotros, ni sangre, ni color, ni es biología, sino comunidad de pensamiento, de destino; y de espíritu. Y “la lengua es la sangre del espíritu”. Lengua que nos une, nos reafirma como país y nos une a 500 millones de hispanoparlantes en varios continentes. Lengua, hecha para la creación, para el amor, para el mando y para el mundo.